

Los profesionales ante los retos de la complejidad

Los nuevos escenarios de complejidad en que se encuentran los profesionales de la educación social requieren cada vez de manera más urgente unos cambios sustanciales en la forma de entender el modo de ejercer su rol profesional. La reflexión sobre la identidad y las funciones del educador/a se ha mantenido activa todos estos años, con la voluntad de clarificar qué espacio debe ocupar en el conjunto de las profesiones sociales. En cambio, se encuentra a faltar un debate más claro sobre la cultura y la autoimagen que el profesional tiene sobre la manera de cómo tiene que ocupar este espacio y desarrollar sus funciones. Esta profesión (y en ello coincide con otras profesiones vinculadas al mundo de la educación), se sustenta todavía en una imagen muy centrada en la relación unidireccional y exclusiva entre un profesional y la persona atendida (el “caso”), en un contexto de carácter microsociales (“nuestro recurso o servicio”), el tratamiento de carácter resolutivo de una problemática delimitada y específica (“el ámbito” y la “solución del problema”), mediante la aplicación de recursos y estrategias cerradas (los “medios” educativos o las “recetas”).

Es imprescindible plantearse si esta imagen que ahora dibujábamos se adecua a las características de un mundo complejo, cambiante y difuso como el actual, donde las situaciones son cada vez más multiproblemáticas, difíciles de delimitar, sin soluciones claras ni recetas ni fórmulas cerradas de carácter solucionador.

Desde nuestro punto de vista, a pesar de que racionalmente el colectivo profesional es consciente y admite los cambios en la forma de entender la realidad y la necesidad de buscar otras estrategias que sean más adecuadas a estos nuevos escenarios, las formas habituales de actuación continúan teniendo como sustrato una forma de pensar y trabajar que no encajan con esta nueva realidad. Es decir, se produce un desajuste entre la conciencia de complejidad y unas formas de actuación que corresponden a explicaciones mecanicistas de la realidad.

El trabajo en escenarios complejos requiere un cambio de autoimagen. Hay que pasar a entender la relación con la persona atendida desde una perspectiva interdisciplinaria en forma de redes (que no significa la multiplicación de servicios independientes entre ellos que, como mucho, se coordinan y por donde hacer pasar al ciudadano/a); hay que poner en el centro a la persona atendida y sus derechos y no la lógica de los servicios; hay que superar la idea de ámbito y entender a la persona en su globalidad; hay que aceptar que no

existen recetas y que en su lugar deben ponerse en juego destrezas investigadoras para crear conocimientos contextuales y a medida para cada persona.

No es un camino fácil. Tal como decíamos, hay que ir caminando hacia una cultura que nos permita entender la complejidad y trasladarla de forma coherente al trabajo cotidiano. No se trata sólo del aprendizaje de nuevas metodologías, entendidas en el sentido más tecnocrático del término, sino de un cambio de mentalidad, de actitudes respecto a cómo ejercer el rol profesional: la confianza en los demás profesionales en lugar de la competitividad o la desconfianza, la predisposición a construir conocimiento de forma colaborativa desde parámetros de rigor técnico y científico en lugar de trabajar de manera individual, la convivencia con la novedad y la incertidumbre en vez de buscar respuestas cerradas o el compromiso con unos valores de servicio propios de la profesión.

Un ejemplo que ilustra claramente el proceso de cambio en que la profesión está inmersa es la dificultad para implementar de forma ordinaria el trabajo en red (entendiendo por red una forma de trabajo colaborativo, de construcción conjunta, de creación de conocimiento, de implicación en el territorio). Lamentablemente, hoy día la idea de red se utiliza desde múltiples significados (como sinónimo de mapa de servicios, como una forma de indicar que se está conectado y se accede a información aunque no sea con la voluntad de construir algo conjuntamente o por llamar lo que antes ya se hacía pero sólo cambiando el nombre y no cambiando las prácticas de trabajo habituales) pero no ha generado todavía de forma generalizada en el conjunto de profesionales una nueva forma de entender su trabajo frente a esos nuevos retos.

Creemos que este cambio es imprescindible por dos razones básicas: en primer lugar, para responder de forma más eficaz y justa a las necesidades de la población. En segundo lugar, y no menos importante, para que los profesionales vean resultados más tangibles en su trabajo y ello contribuya a valorar más el sentido de la profesión y el propio bienestar con la tarea realizada.

Jesús Vilar